

36.—ADORACIÓN DE LOS ÁNGELES AL NIÑO JESÚS.

PRELUDIO 1.º En el nacimiento de Cristo fué adorado con gran regocijo por los ángeles, los cuales dieron la nueva de él á los pastores.

PRELUDIO 2.º Representémonos á los ángeles adorando á Cristo y anunciándolo á los pastores.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de participar de la santa alegría de los ángeles, y de imitar su humildad y devoción en honrar á Jesús.

Punto 1.º *Adoraciones de las jerarquías angélicas á Jesús recién nacido.*—Considera aquí lo que pasaría en el cielo al tiempo que nació Cristo Nuestro Señor en el suelo; porque las jerarquías de los ángeles, como veían claramente la infinita majestad y grandeza de Dios, y por otra parte le miraban tan humillado, arrinconado y desconocido de los hombres, quedaron admirados en extremo de tanta humildad, y con grandes ansias de que fuese honrado y venerado de todos, deseando, si Dios les diera licencia, bajar al mundo á manifestarle y darle á conocer. Entonces se cumplió lo que después escribió el Apóstol, que cuando el Padre Eterno introdujo á su Primogénito en el mundo, dijo ¹: «Adórenle todos sus ángeles». Todos, dice, sin faltar ninguno; y todos desde el cielo le adoraron con suma reverencia, viéndolo este Niño desde el suelo. Los serafines, encendidos en amor, mirándole, se tenían por helados, y con profunda humildad le reconocían por su Dios. Los querubines, llenos de ciencia, en presencia del Niño se tenían por ignorantes, y con grande temblor le adoraban y reverenciaban como á su Señor. Lo mismo hacían todos los otros coros angélicos, reconociendo la nada que de sí tenían y las infinitas perfecciones y majestad que en aquel Niño contemplaban. Á imitación de estos bienaventurados espíritus, has de mirar con los ojos de tu mente á Jesús en el pesebre, reconociendo su inmensa grandeza y tu pequeñez excesiva, su infinita humillación y tus orgullosas pretensiones, confundiéndonote de uno y otro. ¡Oh Bien mío! Gózome de veros adorado de vuestros ángeles, y siento grandemente el veros tan olvidado y desconocido de los hombres. Yo, Señor, os adoro con estos celestiales espíritus, admirado de ver vuestra Majestad tan humillada, y quisiera que todos los hombres os conociesen y adorasen y se hiciesen dignos de participar de las bendiciones de los que os acompañan en ese portal. Y nosotros, ¿adoramos á Jesús? ¿Deseamos darle á conocer? ¿Qué medios practicamos con este objeto?

Punto 2.º *Los ángeles anunciaron á Jesús á unos pastores.*—Al tiempo que nació Cristo en el portal de Belén, estaban en aquella comarca unos pastores guardando sus rebaños durante

¹ Hebr., 1, 6.

las vigilias de la noche, y se les apareció el ángel del Señor. Acerca de esto, has de considerar cómo la revelación del nacimiento de Cristo no se hizo á los sabios de Belén y de la Judea, porque eran soberbios y estaban llenos de orgullo, y en un alma orgullosa no penetra la divina sabiduría; tampoco se hizo á los ricos, porque eran codiciosos y tenían su corazón puesto en la tierra, y no convenía que á los tales fuese manifestada la aparición de Aquel que venía á poner por primera condición á los que le siguiesen, la renuncia de todas las cosas; tampoco á los nobles, porque eran regalados y amigos de sus placeres y comodidades. Los afortunados á quienes se manifiesta primeramente el nacimiento de Cristo son los pastores, gente sencilla y humilde, sin pretensiones ambiciosas, contentos con la baja suerte en que Dios los ha puesto; gente laboriosa, que no vacila en privarse del necesario descanso para atender al cumplimiento de su oficio; gente, en fin, que, desprendida de las cosas de la tierra, atendía á buscar con cuidado el reino de los cielos. Mira en estos sencillos pastores las virtudes que debes practicar y los vicios de que debes huir para disponerte á recibir los dones celestiales y la luz divina. La humildad y sencillez, la laboriosidad y vigilancia, el desprendimiento de las cosas mundanas; esto es lo que desea Dios de ti, porque, como dijo después Jesucristo ¹, encubre Dios sus secretos á los sabios y prudentes, y los revela á los pequeños y humildes. ¡Oh Jesús humildísimo! Bien se ve cuán amigo seréis de la humildad, cuando, apenas nacido, llamáis en torno de vuestro pesebre á los humildes pastores, recibís sus humildes presentes, y os presentáis á ellos en medio de dos humildes animales. Pues que con los sencillos y humildes tenéis vuestra conversación, enseñadme con eficacia la práctica de esta virtud por la cual más me asemejo á Vos y me hago digno de vuestra benevolencia y amor.

Punto 3.º *Modo cómo los ángeles dieron la nueva á los pastores.*—Considera cómo para comunicar la nueva dichosa del nacimiento de Cristo á los pastores, acercóse á ellos un ángel, que se cree fué san Gabriel, vestido de un cuerpo resplandeciente, y rodeándoles de una luz celestial que les infundió gran temor, les dijo ²: «Mirad que os traigo una nueva de gran gozo para todo el pueblo, porque ha nacido para vosotros el Salvador en la ciudad de David; esto tendréis por señal, que hallaréis al infante envuelto en pañales y puesto en un pesebre». Sobre esto has de ponderar cómo es materia y motivo de sumo gozo que el Salvador nace para nosotros: no nace para sí, porque no viene á salvarse á sí mismo; ni nace para los ángeles, porque no viene á salvarlos á ellos; sino nace para los hombres y para ti, porque viene á salvarte; para ti nace y es circuncidado; y todo cuanto

¹ Matth., xi, 25. — ² Luc., ii, 10, 12.

hizo y padeció para ti fué; y lo que pasa en el pesebre, todo es para perdonar tus pecados, para encenderte en el amor de las virtudes y para enriquecerte con aquellos merecimientos. De modo que lo que para Jesús es materia de dolor, para nosotros es motivo de grande gozo por el bien que por ello nos viene; porque este amantísimo Señor ha sido tan bueno con el hombre, que ha tomado para sí sus dolores para comunicarle sus propios gozos. Reflexiona además acerca de la revelación del ángel, que las señales para hallar al Salvador nacido son infancia, pañales y pesebre. ¡Oh grandeza infinita de Dios! ¡Quién tal pensara que cosas tan bajas habían de ser señas para hallar y conocer al Dios de la Majestad! Pero ya sé, Señor, que gustáis de estas bajezas y estáis en medio de ellas para moverme á procurarlas, enseñándome de camino que las señales de que habéis nacido en mí espiritualmente son inocencia de niño en la vida, silencio en la lengua, pobreza en el traje y humildad en escoger para mí lo más vil y desechado de la tierra. ¿Experimentas tú en ti mismo estos virtuosos deseos? Si tu corazón te responde negativamente, mira de dónde procede la causa de ello y trata de remediarla, porque de otra suerte podrías temer que Jesús no había venido eficazmente para ti.

Epílogo y coloquios. ¡Qué pasaría en los cielos al tiempo que Jesús nació en el suelo! Indudablemente los ángeles, al contemplarle tan solo y abandonado de todo el mundo, desearían correr por toda la tierra, exhortando á los hombres á que acudieran presurosos al portal de Belén. Pero ya que esto no les ordenaba su Dios, cuando menos desde el alto cielo se postrarían reverentes y le adorarían con vivos sentimientos de admiración, gratitud, humildad, reverencia y amor. Recibid, Jesús divino, las adoraciones de los espíritus celestiales en cambio de las que os deben y no os dan los hombres terrenos. Mas el nacimiento de Cristo no podía permanecer oculto; preciso era que se manifestase de una manera bastante para probar la verdad de este suceso. ¿Quiénes serán los dichosos á quienes se dé parte de este acontecimiento? No á los ricos, sabios ni nobles de Belén, sino á los sencillos, humildes y diligentes pastorcitos: á estos busca y con estos conversa el humilde Jesús; y si deseamos conocer sus secretos, persuadámonos que nos son necesarias esas mismas virtudes. Entonces podremos decir que el nacimiento de Jesús es para nosotros motivo de grande gozo. ¿Creemos que este Niño recién nacido es verdadero Hijo de Dios? ¿Le adoramos con la humildad, reverencia y amor que los ángeles? ¿Deseamos que no nos oculte sus secretos? ¿Imitamos las virtudes de los piadosos pastores? Escudriñemos los secretos de nuestro corazón, y si nos sentimos soberbios, perezosos, descuidados en nuestras obligaciones, no nos admire que el Señor nos prive de sus regalos. En este caso, propongamos lo que nos convenga

practicar para dominar tales defectos y vencer estos obstáculos; y conociendo nuestra incapacidad y miseria, importunemos al Señor para que nos ayude, y pidámosle todas las demás gracias que pretendemos alcanzar.

37.—CÁNTICO DE LOS ÁNGELES EN EL NACIMIENTO.

PRELUDIO 1.º Apareció á los pastores innumerable muchedumbre del ejército angélico cantando el himno «Gloria á Dios en las alturas».

PRELUDIO 2.º Representate á este ejército celestial, y como si oyese sus cantares.

PRELUDIO 3.º Pide sincero agradecimiento por el favor que Dios nos ha dispensado al darnos á su Hijo.

Punto 1.º Enseñanzas de los ángeles en el nacimiento de Jesús.—Considera en este punto cómo al tiempo que el ángel del Señor estaba manifestando á los pastores el nacimiento de Cristo en Belén, de repente apareció en los aires una muchedumbre innumerable del ejército angélico, bendiciendo á Dios y cantando armoniosos y alegres himnos. El Padre Eterno fué quien envió estos espíritus celestiales para honrar á su divino Hijo, que tan humillado estaba en el pesebre, porque propio es de este celestial Padre ensalzar á los que se humillan por su gloria, manifestar á los que humildemente se encubren, y glorificar á los que se abrazan con los desprecios. Pondera cómo los ángeles no se desdijeron de abandonar las mansiones de la gloria para venir á acompañar y hacer la corte y alegrar con dulces himnos al Hijo de Dios hecho Niño, y con tanto gusto estaban en el pesebre y en el portal como en lo alto del cielo. Y á su imitación no has de rehusar tú el tomar parte en la pobreza y humillaciones de Jesús, tu Rey, tu Señor y tu Padre. Si á David, cuando salía de su corte macilento, triste y á pie, siguieron sin vacilar todos sus amigos y el pueblo fiel, con mucha más razón has de seguir tú á este Rey, infinitamente más digno del amor de sus súbditos que David. Mira también la alegría que manifiestan los santos ángeles en el nacimiento de Cristo, y aprende tú á alegrarte de un acontecimiento que, si no era necesario para la gloria de ellos, era indispensable para tu felicidad. ¡Oh Padre celestial! Gracias os doy por el cuidado que tenéis de honrar á vuestro Hijo, enviando á vuestros ángeles que le acompañen y prediquen; hacedme participante de los afectos que comunicasteis á estos bienaventurados espíritus, para que toda mi gloria, felicidad y alegría sea la compañía é imitación de Jesucristo. ¿Deseamos nosotros participar de las humillaciones de Jesús? ¿Nos alegramos espiritualmente en su nacimiento?

Punto 2.º Gloria que da á Dios el nacimiento de Cristo.—En este punto has de considerar el himno que entonaban los ángeles en este venturoso día, diciendo: «Gloria sea á Dios en las

alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad», significando que por la venida de Cristo al mundo se da á Dios la mayor gloria que se le puede tributar, y á los hombres se conceden los mayores bienes que pueden desear. Reflexiona primeramente cómo toda esta obra de la Encarnación del Hijo de Dios es gloria del Señor por excelencia. Porque si la divina gloria consiste en la manifestación de sus soberanos atributos, en esta obra se descubren y resaltan admirablemente todos ellos. Descúbrase su divina bondad comunicándose á las criaturas del modo más perfecto que es posible: su infinita caridad, ofreciéndose á innumerables sacrificios y trabajos con el fin de unir á sí al hombre, su enemigo rebelde y desagradecido: su misericordia, queriendo Dios por sí mismo sentir los males del hombre, compadecerse de él y prestarle remedio: su omnipotencia, porque mayor poder exige el hacerse Dios hombre y niño que dar el ser á todas las criaturas: su justicia, exigiendo condigna reparación de una ofensa infinita: su sabiduría, descubriendo el medio de realizar todo esto: su providencia, teniendo paternal cuidado del hombre pobre, desnudo, y privado de todos los bienes. De aquí se deduce, que ninguna de sus obras da á Dios tanta gloria como ésta; por la cual merece ser alabado de todos los que profesan alteza de vida; en los cielos es por ella especialmente glorificado, y es razón que lo sea en nuestra tierra, pues por esta causa está la tierra llena de la gloria de Dios. ¡Oh Rey de la gloria! Levantad mi corazón á las alturas, para que glorifique vuestro santo nombre en la tierra, como lo hacen los ángeles en el cielo. Cuanto hiciere y dijere será para vuestra gloria, sin buscar la mía; y de mi boca no se apartará esta palabra: Gloria á Dios trino y uno. Gloria al Padre, porque me dió á su Hijo; gloria al Hijo, porque se hizo hombre por mi remedio, y gloria al Espíritu Santo, de cuyo amor esta obra procedió.

Punto 3.º *Ventajas que el hombre reporta de la venida de Jesús.*—Considera cómo los ángeles, no sólo dijeron que la venida de Cristo era gloriosa para Dios, sino que añadieron: «En la tierra paz á los hombres de buena voluntad». Sobre lo cual has de ponderar cómo con esta insigne obra viene la paz á los moradores de la tierra, y no paz limitada, sino muy cumplida; paz con Dios y con los ángeles; paz á cada uno consigo y con los demás hombres, porque este Salvador trae la reconciliación del mundo con su Padre, el perdón de los pecados, la victoria de los demonios, la sujeción de la carne al espíritu, la unión y concordia de las voluntades entre sí y con Dios, de la cual procede la alegría de la conciencia y la paz que sobrepuja á todo sentido. Por lo cual este Señor se llama Príncipe de la paz, y estaba anunciado por los Profetas que en sus días nacería la justicia y la abundancia de la paz que duraría eternamente. Mas pondera cómo esta paz, aunque originalmente nace de la buena voluntad que

Dios nos tiene, con la cual la ofrece á todos los hombres; pero, con efecto, sólo la gozan los que tienen buena voluntad, bien intencionada, conforme con la de Dios y sujeta á su divina ley. De suerte que no se promete á los hombres por ser de buen entendimiento, ni de grandes fuerzas ó insignes talentos; porque con todas estas cosas puede haber mucha guerra, discordia y enemistad con Dios; y aunque falten, no faltará la paz, si hay buena voluntad; porque, como dice san Gregorio, ninguna cosa hay más rica, ni más amable, ni más pacífica, que la buena voluntad; y, por el contrario, ninguna cosa hay más miserable, ni más turbada, ni más aborrecible, que la mala voluntad. ¿Deseas, pues, gozar de la paz que ha traído el Salvador? Procura esta buena voluntad, pidiéndola con instancia. ¡Oh Salvador dulcísimo! Dadme esta buena voluntad que me ofrecéis, para que niegue mi voluntad propia, y siga la vuestra buena, agradable y muy perfecta; pues la vuestra es principio de todos los bienes, y la mía, dejada á su albedrío, es raíz de todos los males.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán puntual y cuidadoso es Dios, nuestro Padre, en honrar á los que le honran y en glorificar á los que por su amor se humillan! Su divino Hijo está en el pesebre en estado humillante, niño, silencioso, desconocido, despreciado; y para exaltarle el Padre eterno envía legiones de ángeles, que en su honor entonan gloriosos himnos. ¿Temerás humillarte por amor á tu Dios? Mira á los ángeles; descienden del cielo y penetran en el dismantelado portal; no se tienen por humillados en acompañar á su Rey en sus desprecios. ¡Cómo confunden con esto tu orgullo y amor propio! Jesús es pobre, y tú quieres ser rico; Jesús está olvidado, y tú deseas ocupar el corazón de todos; Jesús padece, y tú suspiras por los goces y placeres del mundo. ¿En qué se conocerá que eres discípulo de Jesús? En alegres cantares anuncian los espíritus celestiales que la venida de Jesús al mundo es el acontecimiento más glorioso para Dios y más ventajoso para el género humano. Glorifica este suceso á Dios, porque muestra la excelencia de sus soberanos atributos; aprovecha al linaje humano, porque le proporciona la más perfecta paz, hasta entonces del todo desconocida en el mundo, desde el pecado de los primeros padres. Glorificar á Dios, pacificar nuestra alma: tales son también los frutos que nosotros debemos reportar de este misterio. ¿Procuramos con todas nuestras fuerzas la divina gloria? ¿Es por nuestra causa el nombre de Dios glorificado ó blasfemado entre las gentes? ¿Trabajamos por conservar la paz con el Señor, con nuestros hermanos y con nosotros mismos? ¿Somos nosotros manzana de discordia á causa de nuestro temperamento, orgullo ó genio? ¿Cómo hemos de evitar tamaño mal? Veámoslo atentamente, propongamos y pidamos.

38.—ADORACIÓN DE LOS PASTORES.

PRELUDIO 1.º Oída la revelación del ángel, exhortáronse los pastores mutuamente á ir á Belén: fueron, adoraron al Niño, y se volvieron gozosos.

PRELUDIO 2.º Representate á estos pastorcitos entrando con grande orden y reverencia en el portal y adorando á Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la docilidad y demás virtudes de estos pastores.

Punto 1.º Exhortaciones mutuas entre los pastores para ir á Belén.—Luego de haberse retirado los ángeles, comenzaron los pastores á exhortarse mutuamente, diciendo: «Vamos á Belén, y veamos con nuestros ojos lo que se nos ha dicho»; y así, con gran prisa emprendieron el camino para el portal. Acerca de lo cual has de considerar cómo los pastores no echaron en olvido la revelación, sino con caridad se animaban unos á otros á esta jornada; porque las inspiraciones y mandatos de Dios no se han de olvidar, sino ejecutar, exhortándonos con palabras y ejemplos al cumplimiento de ellos; al modo que los cuatro santos animales, siguiendo el ímpetu del espíritu, se herían unos á otros con las alas, como quien se provocaba á seguirse con más fervor. Pondera luego la admirable obediencia que tuvieron estos pastores; porque, aunque el ángel no les mandó expresamente ir á Belén, contentáronse con que mostró ser este gusto de Dios, pues que para esto lo revelaba é inspiraba; y al perfecto obediente bástale tener cualquier significación de la divina voluntad para ponerla luego por obra, aunque sea necesario dejar por esto, como los pastores, el ganado y todo cuanto tiene. Más adelante pasaron éstos; porque con gran fervor ejecutaron lo que Dios quería; y por esto se dice que iban aprisa, movidos del Espíritu Santo, con deseo de ver la palabra que el ángel les dijo, que era la palabra eterna de Dios, hecho hombre por nosotros; y su fervor les hizo dignos de hallar lo que buscaban, guiándoles el ángel al lugar del pesebre donde estaba. ¡Oh quién supiese imitar la obediencia y diligencia fervorosa de estos santos pastores para buscar y hallar al Salvador! ¿Somos nosotros prestos en obedecer y fervorosos en ejecutar lo mandado? ¡Oh Pastor soberano, cuyas ovejas son los demás pastores! Descubridme con vuestra divina ilustración el lugar donde estáis recostado y os apacentáis en vuestro santo nacimiento, para que os busque y os halle, de modo que os conozca y ame por todos los siglos.

Punto 2.º Obsequios de los pastores al Niño Jesús.—En este punto has de considerar lo que hicieron los devotos pastores cuando, entrando en el portal, hallaron al divino Infante con su

¹ Luc., II, 15. — ² Ezech., III, 13; S. Greg.

Madre. Es de creer que en aquel feliz momento en que penetraron en aquel extraño palacio del Rey del cielo, saldría del rostro del Niño benditísimo una luz y resplandor que penetraría sus entendimientos, y les descubriría con viva fe cómo el que estaba allí era Dios y hombre, Salvador del mundo y el Mesías prometido en la ley; y con esta luz, encendidos en amor suyo, con gran reverencia, postrándose en tierra, le adorarían y agradecerían su venida al mundo, suplicándole llevase adelante esta obra, y se compadeciese de su pueblo de Israel, y también se ofrecerían á servirle con palabras muy llenas de devoción. Es de creer que además le ofrecerían alguna cosa de las que tuviesen, conforme á su pobreza; porque Nuestro Señor les traería á la memoria aquello del Deuteronomio que dice: «No aparecerás vacío delante del Señor». ¡Oh con qué afición se lo ofrecerían, deseando darle inmensamente más, y todo el mundo si fuese suyo; y con qué amor lo recibiría el Niño, y les volvería en retorno copiosos dones de su gracia, de modo que no saliesen vacíos de su presencia! También la Virgen se lo agradecería con humildad, y ellos la hablarían con gran respeto, admirados de la santidad que en ella resplandecía, y la contarían todo lo que les habia pasado con los ángeles, de lo cual recibió grandísima alegría por la gloria de su Hijo. ¡Oh dulce Jesús! Yo os adoro con estos santos pastores, y deseo adoraros con la devoción con que ellos os adoraron; y por no venir á vuestra presencia vacío, os ofrezco mi corazón y libertad y cuanto tengo. Suplícoos, Dios mío, que no salga vacío de vuestra presencia; llenadme de vuestra gracia, para que con ella os sirva y alcance la vida eterna. ¿Cómo nos presentamos nosotros delante de Dios? ¿Qué le ofrecemos? ¿Imitamos la devoción y fervor de los pastores?

Punto 3.º Regreso de los pastores, y diversas clases de hombres que supieron el nacimiento de Jesús.—Aquí has de considerar cómo los pastores, luego que hubieron satisfecho su devoción, despidiéndose de la Virgen y de san José, volviéronse alabando y glorificando á Dios por lo que habían visto; y refiriéndolo á cuantos topaban, todos se admiraban grandemente de lo que contaban. Pondera aquí cuatro suertes de personas que hubo en Belén y su comarca, que se hubieron diversamente acerca del nacimiento de Cristo. Unos, aunque oyeron lo que decían los pastores y se admiraban de oírlo, ni siquiera se asomaron al portal, por estar embebidos en sus ocupaciones ó negocios; así hacen muchos que no quieren consagrar un momento á la meditación de estos misterios, por pereza ó por acudir á cosas de su gusto. Otros, acaso entraban en aquel portal de paso; pero ni conocían al Niño ni á la Madre, ni reparaban en más de aquel exterior que veían, y pasaban adelante: tales son los que asisten

¹ Deut., XVI, 16.

á estos misterios con fe muerta, sin reparar ni ahondar lo que hay en ellos, y así ningún provecho sacan. Otros, como los pastores, entraron movidos de Dios, y con viva fe adoraron al Niño y sacaron grandes provechos; pero no se quedaron allí, antes se volvieron á sus oficios; así obran aquellos justos que á tiempos se dan á la oración y contemplación de estos misterios, mas de allí salen para cumplir con sus ministerios y mover á otros á que busquen y conozcan á Dios. Otros, en fin, como san José y la Virgen, siempre estuvieron en el portal asistiendo al Niño y sirviéndole con amor, y conservando en la memoria todo lo que veían y oían, confiriéndolo en su corazón con grandes afectos de amor, gratitud y admiración; así obran los que despacio se dedican por algunos días á la contemplación de estos misterios, ocupándose atentamente en estas conferencias espirituales. ¡Dichosos los que de esta manera pueden y saben asistir al Niño en el pesebre! ¿Somos nosotros de estos afortunados? ¿Á cuál de estas clases pertenecemos? ¡Oh Virgen soberana! Ayúdame á conferir dentro de mí mismo lo que la fe me dice de vuestro Hijo y lo que Vos conferíais de Él en vuestro corazón¹, para que, imprimiéndolo en mi espíritu, nunca me aparte de su presencia, ocupándome de continuo en su conocimiento, amor y servicio.

Epílogo y coloquios.— ¡Cuán envidiable fué la suerte de los devotos pastores! Porque no sólo tuvieron la dicha de recibir la revelación angélica, sino que correspondieron fielmente á los intentos de Dios al enviársela. Con caridad se estimulan y animan unos á otros, con puntualidad obedecen á los deseos de Dios, sin esperar manifiesto precepto, y con fervor santo ejecutan su resolución, acudiendo presurosos al lugar que les había dicho el ángel. ¡Felices israelitas, que lograron ver al que no habían podido contemplar sus antiguos patriarcas, á pesar de sus intensísimos deseos y ardientes suspiros! ¡Qué sentirían estos afortunados pastorcitos cuando se hallaron ya en la presencia de aquel divino Niño! ¡Qué palabras le dirían! ¡Qué afectos embargarían su espíritu! ¡Qué ofrecimientos le harían! ¡Qué pláticas tan dulces trabarían con la Virgen! ¡Y cómo se admirarían de verla tan tierna, humilde, santa y tan favorecida y regalada del cielo! ¡Cómo envidiarían santamente la suerte de ésta Señora y de san José, los cuales no se separaban un instante del lado de su divino Hijo! Verificados estos obsequios, volviéronse á sus rebaños los pastores, lleno su corazón de júbilo, su alma de riquezas espirituales y su voluntad de firmes deseos de no olvidar jamás esta visita. Y aunque á todos contaron lo que habían visto, y ninguno dejaba de admirarse de ello, unos fueron al portal, otros no, y todos dejaron solos á la Virgen y á san José en compañía del Niño. Y tú, ¿no los acompañas? ¿No te esfuerzas en pasar la ma-

¹ Luc., II, 19.

yor parte del tiempo posible en conversar con Jesús en la oración? ¿De dónde nace la repugnancia que á este ejercicio experimentas? Examínalo bien, y para vencerla, haz firmes resoluciones y pide la gracia de ponerlas en práctica. No olvides el rogar por todo lo que te ha sido encomendado.

39.—CONTEMPLACIÓN DEL NACIMIENTO.

PRELUDIO 1.º Representémonos el portal de Belén, viendo el pesebre, la paja, el Niño sobre ella tendido, y observando todo lo que allí pasa.

PRELUDIO 2.º Pidamos afectos santos de devoción, amor, reverencia y acción de gracias.

Punto 1.º Aplicación de la vista interior del alma.—Con la vista interior de tu espíritu contempla afectuosamente todo lo que pasa en la cueva de Belén. Mira todo lo que se ve en el lugar: es solitario, retirado de la ciudad, pocas son las personas que por él pasan; un miserable cobertizo, en el cual entra el que quiere, sin puerta ni cerradura, sin abrigo, expuesto al viento, lluvia, frío y demás inclemencias. ¡Con todo, este es el palacio del Rey de la gloria! Mira luego á Dios hecho hombre, aposentado en este establo de bestias, y encoge tus hombros con admiración y pasmo de tan profunda humildad como resplandece en un Señor de tanta majestad. Fija tu mirada en el hermosísimo Infante, que tendido se halla en el pesebre; es blanco y rubicundo, escogido entre millares¹; para hacerse amar se ha hecho niño, porque los niños son de ordinario más amables por su candor é inocencia. Mira su corazón que, aunque pequeñito en las dimensiones materiales, es infinito en la capacidad, y arde en amor á su Padre y en deseos de tu salvación; de sus ojos brotan abundantes lágrimas, que derrama, no tanto por sus dolores, cuanto por tus pecados, ofreciendo á su Padre su propia vida para librarte de ellos. Contempla también junto al pesebre á José y á la Virgen, mirando con profunda veneración al Niño tiernecito que en él está tendido; unas veces le besan con amor, otras se hincan de rodillas delante de Él y le adoran con reverencia; ya le hablan con cariñosos afectos, ya le enjugan piadosos sus lágrimas. Contemplando todo esto, despierta en tu alma vivos deseos de practicar las virtudes, cuyos brillantes ejemplos estás viendo en el portal. ¡Oh tierno Niño! ¡Oh cariñosa Madre! ¡Oh afortunado José! ¡Quién tuviese la dicha de hallarse en vuestra dulce compañía y sentir los santos afectos que sentís! Bienaventurados son, Señor, vuestros siervos, que están en vuestra compañía y habitan en vuestra casa; por los siglos de los siglos os alabarán. Sea yo uno de ellos, y no consintáis que nunca me aparte de Vos.

¹ Cant., V, 10.